ATAQUES AL PAPADO

I

De San Pedro á Leon XIII, esa genealogía espiritual de los Pontífices, Vicarios de Cristo en la tierra, que cuenta doscientas sesenta generaciones, de mártires, confesores, sábios, grandes génios, caractéres memorabilísimos, no hay uno siquiera que no haya sido enaltecido por muchos, y por muchos vilipendiado.

Así es, que su historia se ha escrito de tan diverso modo, que desde el célebre libro intitulado *Corona de oro*, hasta la calumniosa publicacion de *Los crímenes de los Papas*, los autores recorren todos los tonos de los mil matices en que se divide el mundo de los colores. Aquí de ensalzarlos justamente, de alabanzas no desmentidas, de tributos de admiracion al génio, á la heroicidad, á la acrisolada virtud; allí, dudas, pálidas concesiones de elogios y mencion de flaquezas, reticencias intencionadas para encubrir la

indecision; allá ataques mesurados, agresiones cultas, amor hipócrita; acullá virulencias, sarcasmos, injurias y vilipendios.

Un Papa tratado á la vez con acrimonía y admiracion, con alabanza y desden; por unos venerado como á santo, por otros respetado solamente como á sabio, al par que diversos le señalan como mónstruo de iniquidades sin cuento, y como fanático é ignorante, tal es comunmente la apreciacion del conjunto de escritores.

Y no se crea recargado el cuadro. La gran figura de Gregorio VII, ha sido juzgada de esta suerte sin faltar un ápice.

¿Cómo explicar ese fenómeno único, por lo repetido é insistente?

El lector que haya tenido paciencia para leer el prólogo de este libro, recordará la exposicion hecha sobre la nocion de la Historia. Allí está la clave del secreto que envuelve el misterio; en la lucha constante de la libertad humana impelida por el espíritu del mal y la gracia coadyuvando á la libertad de los hombres de buena voluntad, está el enigma.

En el Papado, continuacion de la fuerza vivificante de Cristo; representacion genuina de los trabajos de Jesús para conducir á la eterna beatitud, al mayor número de almas; es en donde se ve con más insistencia reflejada la tenaz oposicion del mal; en donde ha de cebarse la ira de la perversidad. Los Pontífices deben de ser á la vez el *explendor de la gloria del Padre* y *el blanco de los dolores*.

Cuando los sábios ponderan el génio activo y fecundo en grandes empresas, el carácter de un Pontífice que determina una civilizacion, que señala una nueva era en los pueblos europeos, la impiedad sojuzgada lanza un grito de anatema contra el *opresor*, contra el *tirano*; cuando venturosa la grey saluda en un Papa al pacificador de la sociedad, al restaurador de las letras, al protector de las bellas artes; presto sale de los antros del libertinaje la palabra que más prontamente se acoje y sin deliberacion se aplica, de *sensual*, *afeminado*, *ususario*, *codicioso;* si la energía guia los pasos del Romano Pontífice, el miedo hace pensar á los malvados en el *despotismo;* si la templanza, el deseo de sobreponerse, anima á calificarla de antemano de *debilidad rastrera*, *venalidad*, *transaccion!* El asceta es motejado de *fanático*, *atrasado*, *iluso;* el que no lo es, de *vicioso*, *disoluto*, *corrompido;* al sábio se le tiene por *osado*, *avasallador*, *orgulloso* ó *nigromántico;* al que no se ha distinguido especialmente por la ciencia, se le apellida *ignorante*, *indigno de su época*, *oscuro;* al intransigente se le apoda *terco;* al que busca aunar los corazones todos, se le escarnece con el dictado de *débil* y sino concilia lo inconciliable, lo que nunca ha transigido ni transigirá ningun Pontifice ¡oh! entonces los dicterios de *adulador* y *pérfido* no se escasean. Al que vive retirado y pobre llaman *miserable;* al que juzga que el explendor y magnificencia son debidos á su alta representacion se le prodigan los epítetos de

derrochador, falso apostol, vanidoso! Quien haya atendido exclusivamente á lo espiritual, dicen que olvida al pueblo y es *mal soberano;* quien haya procurado el bienestar de sus súbditos es vilipendiado por *usurpador de poderes!*

No hay heroismo que no se cubra de baldones, no hay término alguno que escape á la murmuracion, á la injuria, á la calumnia. Tal es la táctica, tal es la consigna, tal es lo que se ha impuesto como un deber la impiedad.

Dígase de un Papa cualquiera en que sobresalió, y sin temor de equivocarnos, afirmamos desde luego que concepto ha merecido á sus adversarios. Profetícese de un Pontifice lo que será y formularemos la profecía de los vilipendios de que será víctima. Es ley histórica la lucha del mal contra el bien y el Pontificado es la síntesis de la ley histórica. Ha habido innumerables personajes históricos sin enemigos, sin adversarios; Pontífice sin ellos, no los ha habido, ni los habrá.

Mas; ¡oh Providencia! Esa contradiccion, esa lucha contra el Papado, ha producido que mientras muchos personajes históricos de gran nombre y de quienes no hay noticia tuvieran émulos que pudieran tergiversar los hechos de su vida, son harto desconocidos y poco seguros los relatos de sus vidas; conocemos la historia de cada Papa de un modo cierto é indubitado; la agresion que tantos retratos ha disfigurado, no ha podido ménos que dar al de los Pontifices romanos mejor colorido y realce.

No ha habido un (1) Papa sin ataque; pero tampoco le hay sin ventajosisima defensa.

San Pedro; y toda la ilustre série de sus sucesores mártires, S. Lino, S. Anacleto, S. Clemente, S. Evaristo, S. Alejandro I, S. Sixto I, S. Telesforo, S. Higinio, S. Pio I, S. Aniceto, S. Sotero, S. Eleuterio, San Víctor I, S. Ceferino, S. Calixto 1, S. Urbano I, San Pontino, S. Antero, S. Fabiano, S. Cornelio, San Lucio, S. Esteban I, Sixto II, S. Félix I, S. Cayo, San Marcelino, S. Marcelo I, S. Eusebio, S. Liberio, San Juan I, S. Silverio y S. Martín I, demuestran la verdad de las agresiones en la sangre derramada, y la certeza de sus virtudes en la explendente palma que conquistaron por su fé en Cristo.

Y permitanos el lector, aun cuando sea separarnos, al parecer, un momento de la cuestion, que dejemos consignado el admirable hecho que patentiza desde luego y en los primeros siglos ser el Papado de institucion divina.

El fundamento, la base de la Iglesia es naturalmente considerado tan débil, como la flaca naturaleza humana; ¡Radica en un hombre! La resistencia tenaz en los indivíduos á aceptar el cargo de cabeza visible, ó su apostasía continuada podía destruir esa piedra angular del edificio, y las pasiones todas se con-

(1) Estiéndase que hablamos de los verdaderos Papas y no de los anti-Papas: y además que no comprendemos en la proposicion á aquellos Pontífices que murieron antes de ejercer acto alguno como á tales o los que han gobernado la Iglesia pocos dias.

certaron para librar todos los combates imaginables, para forjar todos los suplicios, para amedrantar sucesivamente á esos Pastores pusilánimes, viejos, extenuados y desprovistos de toda fuerza exterior.

Con todo, uno tras otro, se encuentran en la sociedad cristiana treinta hombres que aceptan gustosos un cargo en la seguridad de que el mero asentimiento es su sentencia de muerte afrentosa, horrible, aterradora. Esto no se explica naturalmente.

La historia de las demás creencias no presenta ningun hecho de esta clase. La posibilidad de la muerte la han desafiado algunos fánaticos sectarios, serenidad en el suplicio alguna rara vez la han tenido; pero el valor, la constancia de cada uno de los Pontífices romanos, y sobre todo arrostrar la seguridad de los atroces tormentos que aguardaban al que reemplazaba al anterior mártir, no se encuentra, ni jamás se encontrará en los anales de otra historia que no sea la de la única religion verdadera!

¡Treinta Papas sacrificados sin interrupcion! ¡treinta y tres que han sellado su fé con su sangre!

¿Cuál sociedad fundada por hombres y para intereses mundanos resistiria á semejante prueba? Inténtese establecer una para dar á todos los asociados la felicidad material que hoy con delirante frenesí se busca, impóngase, empero, la condicion de que han de ser sacrificados por espacio de cien años solamente, todos sus presidentes sin excepcion. ¡Que locura! exclamaran las gentes, y ¿quién seria el iluso que se

ofreciera nunca á representarla? Y eso seria lógico' porque se contaria solo con lo natural, con lo humano incapaz de producir portentos.

Y ese hecho de los Pontifices, real, no desmentido, probado con documentos irrecusables por lo portentoso, no puede ser meramente natural, ha de ser forzosamente divino, ha de haber una fuerza superior que aliente á esos pobres destinados á carne de verdugo, que fortalezca á esos venerables ancianos extenuados por la vigilia, la mortificacion, á esos desvalidos de toda fuerza y poder de los hombres.

¡Oh santa institucion! Flaca la naturaleza humana resiste todos los combates del infierno cuando Aquel que dijo; *antes pasarán los cielos que deje de cumplirse la palabra del Hijo del hombre; le place colocarla como á piedra angular del edificio que ha de durar hasta la consumacion de los siglos!*

¡Así, rodarán las cabezas de los Papas sin que logre la impiedad amedrentar jamás á sus sucesores! si no fuera el Papado de institucion divina, no hubiera sostenido no dirémos treinta embates, ni tres tan solo, las fuerzas del hombre son escasísimas cuando el brazo de Dios no las aliente y robustece.

Volviendo á nuestro propósito, é insiguiendo el método establecido; ¿qué diremos de la hermosísima serie de Pontífices Santos? Para los mundanos nada es esa aureola de virtudes, nada dice este nombre singular, sin sinónimo en las gerarquías de los poderosos de la tierra, ni en los fastos de las falsas creen-

cias; nombre excelso que pudiendo tributarse solo á Dios, por gracia, privilegio y participacion se aplica al hombre; *¡Santo!* Búsquense todas las preeminencias, todos los títulos, todos los dictados, que á los heróes á los conquistadores, á los libertadores de los pueblos, á los sábios, á los legisladores, se han apropiado y ninguno dice lo qne significa la sola palabra *¡Santo!* Este nombre encontrado por el cristianismo reasume todas las excelencias, *Santo* significa grande, invencible, sábio docto, austero, probo, incorruptible, denodado, ilustre, abnegado, previsor, excelente, magnánimo, mágnifico, eminente, todo lo comprende, todo lo abraza. *Santo* quiere decir tanto como perfecto; *Santo* quiere decir inmitador de Dios, reflejo de la divinidad; *Santo* supone la victoria del espíritu sobre la materia; la realizacion de los planes del altísimo.

«Los Santos en donde quiera que estén, están con Dios, y gozan de una unidad perfecta por ser unos en Cristo. El número de los Santos ha renovado la faz de la tierra, los Santos son llamados con toda propiedad cielo, madera incorrupta, templo de Dios, casa de Dios y reino de Dios, sus corazones son incensarios del Omnipotente. Compáranse los Santos á una sublime música, á rios inagotables y de purísimas aguas, y á los explendentes luminares de los cielos. El olor de los Santos, semejante es á los preciosos aromas, en tanto más difundibles en cuanto más oprimidos y vejados. Los Santos reinan con Cristo. Los Santos son semejantes á los Angeles. (1) Los Santos son el trono de Dios; llámanseles propiamente ángeles y piedras preciosas y su corazon descansa bajo la tutela del Eterno; los Santos deben ser apellidados dispensadores de la gracia de Dios (2)

Tal es en resúmen la doctrina de los doctores de la Iglesia.

Si, pues, Santo significa la alteza del hombre participante de los explendores de la divinidad; si Santo equivale á contradiccion, llanto y oprobio (3) de los perversos, que mejor demostracion de nuestra teoría que continuar los nombres de S. Dionisio, S. Eutiquio, S. Melquíades, S. Silvestre I, S. Márcos, S. Julio I, S. Dámaso, S. Siricio, S. Atanasio, S. Inocencio I, S. Zózimo, S. Bonifacio I, S. Celestino I, San Sixto III, S. Leon I, S. Hilario, S. Simplicio, San Felix, S. Hilario I, S. Atanasio II, S. Symmaco S. Hosmidas, S. Félix IV, S. Bonifacio II, S. Juan II, S. Agapito I, S. Benedicto I, S. Gregorio el Magno, S. Sabino, S. Bonifacio IV, S. Diosdado I, S. Eugenio, S. Vital, S. Agathon, S. Leon, S. Benedicto II, S. Sergio I, S. Gregorio II, S. Gregorio III, S. Zacarías, S. Paulo I, S. Leon III, S. Pascual I, S. Leon IV, S. Nicolás I el Grande, S. Leon IV, S. Gregorio VI, S. Celestino V, S. Benedicto XI, y S. Pio V. ¡cincuenta y un Pontifices confesores, cuya aureola pre-

(1) S. Agust, Oper. om. T. XVII. Index. verb. Santus.
(2) S. Hieronimi. T. XI p. 1.065. edit. Pariss. 1846.
(3) S. Agus. loc. cit.

gona sus virtudes excelsas y haber sido blanco de baldones!

No ignoramos la oposicion que al dictado de *Santo* opondrán los adversarios de la Iglesia, para refutar la doctrina que exponemos; pero como nunca con la gracia de Dios hemos de abdicar de nuestras profundas creencias, ni aun para remedar á ciertos *piadosos*, que se complacen en ventilar las cuestiones en el terreno del naturalismo y racionalismo para dar gusto á sus contrincantes, sin advertir que con ello deslustran el esmalte de lo sobrenatural; nos atenemos á lo dicho, dispuestos empero á probar siempre nuestro aserto de cada uno de los Pontífices Santos, que hemos agrupado para no dar al capítulo una extencion desmedida, toda vez que el solo título que les ha colocado en los altares basta para nuestro objeto.

Tememos, y no infundadamente, proseguir en la empresa, vacilando en si trataremos de las tribulaciones y de los triunfos de cada uno de los restantes Romanos Pontífices, sin excepcion; ó si descartando aquellos ménos atacados concretaremos nuestro trabajo á los Papas más vituperados por los impíos. Lo primero seria interminable, pesado é impropio del carácter de la presente obra; lo segundo incompleto, y propio para dar pretexto á polémicas enojosas.

Los Papas mártires y los Papas confesores hemos podido defenderlos en conjunto con las dos solas palabras, *¡mártires! ¡Santos!*. ¿Puede hacerse así con

los que aún no tienen una sancion indiscutible? ¿Es fácil formar agrupaciones? Imposible de todo punto, por tener cada uno su fisonomía propia, su accion especial en la historia, sus padecimientos particulares y sus glorias privativas.

Intentaremos dar un brevísimo resúmen, en lo que nos atañe, de todos los Papas, excepcion hech ade Formosio, Bonifacio VI, Estevan VII, Juan XI, Juan XII, Leon VIII, Bonifacio VII, Juan XIVI, Benedicto IX, Silvestre III, Juan XX, Benedicto X, Honorio II, Clemente III, Silvestre IV, Gregorio VIII, Anacleto II, Victor IV, Pascual X, Nicoláo V, Clemente VII, Benedicto XIII, Gregorio XII, Alejandro V, Juan XXIII y Félix V; por no entrar en las prolijas cuestiones de antipapas, Papas intrusos, ilegítimos, impuestos, etc., etc., lo cual merece ser tratado aparte. En la série que apuntamos van incluidos algunos tenidos por verdaderos Papas, pero el haber sobre ellos ligeras dudas y controversías es causa suficiente para que en este tratado dejemos de ocuparnos de sus hechos.

El primero entre los Soberanos Pontífices en el órden cronológico, que no pertenece á las agrupaciones anteriores es Vigilio, que gobernó la Iglesia desde 540 á 555 con tanta piedad, celo y fé, como virulencia y avaricia habia demostrado durante su predileccion por los cismáticos. Estos, ofendidos por el inesperado cambio del nuevo Pontífice, suscitáronle toda clase de vejámenes, prisiones, conducirle por las

calles con una soga al cuello, privarle del alimento necesario, todo se puso en juego. No ablandándole por los malos tratos concitaron la célebre cuestion de los *Tres Capitulos*; caballo de batalla de los anti-infalibilistas que en ello buscan á la vez la condenacion del dogma y del Papa. Afortunamente la simple exposicion de los hechos ha bastado para confundir á los que tan mal juzgaron á Vigilio y comprendieron de un modo peor lo que significa la infalibilidad pontificia; de suerte que han debido convenir los más acérrimos contrarios en que el Papa Vigilio, léjos de obrar con incertitud y vacilaciones, llevó su energía al extremo, usando de una prudencia y moderacion dignas de todo encomio.

Pelagio I le sucede en la Silla y en los sinsabores, que cesaron al desarmar con su piedad á los herejes, al tiempo que combatia fuertemente sus doctrinas. Juan III le reemplaza, atribulado por las incursiones de los Lombardos. salvó el país, ausiliado por Carlos Martel, Pepino y Carlo-Magno, no logrando empero ver libre la ciudad de Roma, que sitiada aún durante el reinado de S. Benedicto I, Pelagio II salva restableciendo la calma y la tranquilidad. Alcanza este gran Pontífice concluir el cisma de Istria, despliega una energía extraordinaria contra las descabelladas pretensiones de Juan *Iejunator*, y opone á las calumnias de éste el gran ejemplo de abnegacion y piedad para con sus fieles súbditos, sacrificándose por ellos en la peste y hambre que asolaron la Italia. Despues

del gloriosísimo pontificado de Gregorio Magno, el corto pontificado de S. Sabino. y un interregno de un año hasta la eleccion de Bonifacio II, que mantuvo los derechos de la Iglesia contra las pretensiones de Constantinopla, acarrearon graves males que logran conjurar los dos santos Pontífices que ocuparon sucesivamente la silla Apostólica, de suerte, que al advenimiento de Bonifacio V, la Iglesia no tuvo que lamentar sino los terribles desastres ocasionados por la rapacidad de Cosröes.

Los monotelistas levantáronse luego, y son causa de que el Papa Honorio I, sea acusado por los malvados de monotelismo, interpretando el sentido de palabras aisladas y no el contexto de la carta del Pontífice S. Sergio; pues Honorio I no dejó, hasta su último suspiro, de profesar y defender la verdad, exhortar, amenazar y reprender á los monotelistas. Dicen sus calumniadores: ¿Cómo, pues, se encuentra su nombre al pié del VI Concilio general, entre los herejes condenados? Demostrado queda (1) que en un conciliábulo de los griegos, por ódio á la Sede Romana se continuó el nombre de Honorio entre los herejes, despues de la aprobacion del Papa Agathon. ¿Cómo se esplica, insisten, que Leon II censurase la conducta de Honorio? Las palabras de Leon II son las siguientes: *Censuro la conducta de Honorio, porque no sufocó cual convenia, desde un principio*

(1) Marchesius.—*Clypeus fortium.*

el fuego de la herejia, lo cual dista mucho de afirmar la supuesta herejía de dicho Pontífice. La vindicacion plena de Honorio está en el octavo Concilio general, el cual á pesar de la carta á Sergio declara, que la doctrina pura ha sido siempre invariablemente enseñada por la Santa Sede.

Severino ocupó el Sólio dos meses, dejándolo á Juan, quien hubo de luchar contra las pretensiones monotelistas del Emperador Heraclio propuestas en el edicto dogmático conocido con el nombre de *Ectheses*. Teodoro I continuó la obra de su antecesor, dejándola sin concluir á sus sucesores, que veneramos en los altares, á excepcion de Diosdado II y Donado cuyos trabajos y virtudes les grangearon el amor de su pueblo.

Los prolongados afanes de Juan V para restablecer la jurisdiccion apostólica en las iglesias de Cerdeña, le acarrearon enemigos en aquel país, triunfando por fin en su empeño, y dejando en lugar envidiable su nombre, á pesar de no haber ocupado la Sede más que un año. Casi igual tiempo gobernó Conon llamado por sus virtudes el Angélico.

Juan VI despues de S. Sergio I, resistió con éxito á las dilapidaciones de los Lombardos, y á las pretensiones de los patriarcas de Constantinopla. Juan VII, Sisinio y Constantino, por la rapidez con que se suceden, apénas han dejado en la historia eclesiástica otro rastro que su nombre.

Esteban III elegido á la muerte de Esteban II,

(acaecida á los cuatro dias de su exaltacion, y pocos despues de la de S. Zacarias I,) engrandeció el poder pontifical con su constancia y valor, logrando el primer fundamento de la donacion del territorio que constituye el patrimonio de S. Pedro, de la magnanimidad y favor de Pepino el Breve. Las acusaciones formuladas por la impiedad contra este Pontífice quedan desvanecidas con la lectura del acta de donacion y de los multiplicados elogios que sus contemporáneos prodigan á tan esclarecido soberano.

Esteban IV, que ciñió la tiara despues de S. Pablo I, encontró la Iglesia presa de un cisma cruel; durante el mismo, ó mejor por haberse aumentado el escándalo con la instrusion de un nuevo antipapa, el pueblo enfurecido contra el usurpador en un motin le arrancó los ojos; lo cual ha dado pie á algunos perversos para achacar el inocente á Esteban IV complicidad en el asunto; siendo así que está plenamente demostrado haberse llevado á cabo el hecho con ignorancia completa del legítimo Pastor, y con su reprobacion despues de ocurrido.

Adriano I recobró por medio de Carlo Magno *los dominios de S. Pedro*, arrebatados por el sucesor de Astolfo, añadiendo al patrimonio de la Santa Sede el rey de los francos el exarcato de Ravena, la marca de Ancona, una parte de la Toscana y el ducado de Perusa, conquistados á los ambiciosos Lombardos. La solemne condenacion de la heregía incono el asta que tantos disgustos ocasionó á Adriano I, fué el último acto de su glorioso reinado.

Esteban V, sucedió á S. Leon III y á los pocos dias murió, viniendo á ocupar su vacante S. Pascual I, que tuvo por sucesor á Eugenio II. Este Papa puso gran empeño en combatir la ignorancia del clero sorprendiéndole la muerte al poco tiempo. Valentin, que ocupó el Sólio cuarenta dias, fué reemplazado por Gregorio IV, que prisionero de Lotario al intentar la conciliacion de los hermanos de la casa real carlovingia, murió de pesar al ver la ingratitud y deslealtad de aquel. Sucedióle Sergio II, quién hubo de emplear toda su entereza ante las tropas del mismo Lotario.

Adriano II, que gobernó despues de S. Nicolao I, hubo de experimentar todo el encono de los herejes de Oriente. Conocida su virtud y su energía, nada han podido contra él las declaraciones injuriosas de Focio y sus secuaces.

Juan VIII, fué un Pontífice infatigable, gran político, fuerte y prudente, y se le colocara entre los más esclarecidos Papas, á no haber vivido en época tan calamitosa. Marino I, y Adriano III, apenas tuvieron tiempo para desplegar las grandes dotes de carácter que les adornaban.

Esteban VI vióse amenazado de deposicion por Cárlos el Gordo, su sabiduría triunfó de todas las asechanzas. Es memorable su caridad para con los pobres.

La Cátedra de S. Pedro parecia á esta época desgraciadamente un sitio de paso, Romano reinó algunos meses. Teodoro II, veinte dias. Juan IX dos años, Benedicto IV, tres años, Leon V, tres meses.

Sergio III aparece despues. Este Pontífice es uno de los que más encarnizadamente han disfamado los enemigos de la Iglesia. Los escritores contemporáneos en contra de un analista mal informado que calumnia su vida privada, dicen: «Hodoar, (en 894-966), asegura que cuando este Pontífice ocupó el trono de S. Pedro, el mundo se alegró de su exaltacion y estuvo bien gobernado durante los siete años de su buen pontificado,» Juan Diacono escribe: *Sergio colocó siempre en Dios toda su confianza*, y el epitáfio colocado sobre su tumba por el reconocimiento de los romanos, habla como los dos escritores citados. Vuelto de su destierro, dice este precioso monumento, por las reiteradas instancias y súplicas del pueblo; este buen Pastor amó igualmente todas las clases de su rebaño, y desplegó su valor apostólico contra los usurpadores.

Anastasio III sobrevivió á su eleccion solo año y medio, Landon nueve meses. Sucede á éste Juan X no ménos vilipendiado que Sergio III. Verdad es que el primero que escribió las calumnias dice que ha sacado la *historia*, de una *vida anecdótica y popular de Teodora*, madre de Marozia; lo cual es muy sospechoso; subiendo de punto la poca fé que se ha de dar al autor citado al leer en un autor contemporáneo *Juan X ha merecido ciertamente por sus vir-*